



TEATRO

Un viejo muro sube a escena

□ Escenografía completamente real tiene primer estreno de la temporada del Teatro de la Universidad Católica. La escogió el escultor Mario Irarrázaval.

Los bocetos se acumularon. Muchas ideas habían venido a la mente del escultor Mario Irarrázaval después de leer el texto íntegro (en su versión no teatral, con cuatro horas de duración) de *El pueblo del mal amor*, de Juan Radrigán. Para el primer estreno del Teatro de la Universidad Católica se requería un espacio escenográfico particular, que diera a la vez la intimidad y el desamparo. La búsqueda y el encuentro. Boceto tras boceto, las ideas fueron rechazadas.

"Yo estaba muy desanimado, porque no podía resolver el problema —confiesa el escultor—. Además, para mí, el llamado del director Raúl Osorio había sido una sorpresa extraña, pese a que no era la primera vez que colaboraba como escenógrafo de un montaje de la Universidad Católica."

Irarrázaval participó en los ensayos, conversó largamente con Radrigán y se convenció de que sus dos proyectos (utilizar grandes fotos de las salitreiras a comienzos de siglo o el esqueleto de un palacio barroco latinoamericano) no eran los adecuados.

"Había aceptado el desafío, porque me gusta el teatro y tengo conciencia de que en mis obras hay algo de escenografía, de tensión teatral. Sin embargo, me parecía que la primera idea de Osorio, es decir, que yo ubicara directamente una escultura sobre el escenario, era irrespetuosa para Radrigán, ya que el público se podía distraer con ese elemento. Por otra parte, como escultor, me interesa la materia en sí y la autenticidad de ella. Todo parecía estar como en punto muerto."

No obstante, había que resolver el dilema.

La solución para el escenario, donde transcurre una suerte de éxodo (similar al bíblico), protagonizado por un grupo de pobladores que vagan buscando un lugar donde vivir y trabajar, apareció al final, de improviso. Como dice Julio Cortázar en alguno de sus escritos, hay que desconcentrarse para dejar que surjan las visiones creativas. Así, mirando sin mirar, en Pe-

ñalolén, Irarrázaval encontró su escenografía.

Se trata de un muro de adobe, de cuatro metros y medio de largo, por tres de alto y cerca de siete toneladas de peso, que yacía en una parcela. Restos de una antigua casa patronal que aún guardan recuerdos de mejores épocas. Fuera del adobe, en el muro permanece una ventana, o lo que queda de ella, después que el tiempo y la intemperie hicieron su obra.

Con dudas, el escultor llevó al director Osorio al lugar. Y él también se dejó atraer por el encanto de la ruina. Los actores sufrieron similar proceso.

"Todos nos enamoramos de este muro, porque tiene peso escultórico y, sobre todo, porque tiene algo de muy noble, como si tuviera toda la historia del país metida dentro: en sus grietas está el paso del tiempo. Quedó algo de la vida de las personas que estuvieron alrededor", explica Irarrázaval.

Se podría pensar que el muro de Peñalolén simplemente serviría de modelo para ser recreado en el teatro. Pero no. Tanto escultor como director insistieron en la necesidad de que se trasladara íntegro al escenario de la plaza Nuñoa. No hubo comentario de los técnicos que valiera. Había que trasladar el muro.

No era tan simple, por supuesto. Hubo que conseguir, primero que todo, la autorización del dueño. Y, como en el arte suelen suceder historias mágicas, resultó

que el propietario había sido uno de los primeros administradores del Teatro de Ensayo de la UC. Sorteada la primera valla, quedaban los problemas técnicos: el murallón se dividió en cuatro partes, para no dañarlo en su traslado, y el escenario se reforzó con una estructura de hierro para impedir que se hundiera con el peso del adobe.

Escultor y teólogo

La elección de Mario Irarrázaval, como escenógrafo de la nueva obra de Juan Radrigán, no tiene, por cierto, nada de casual. Fuera de ser uno de los escultores con más prestigio en el país, tiene a su haber el grado de Licenciado en Teología, lo cual lo acerca al contenido de la obra. Radrigán, sin ser un hombre católico, siempre utiliza en sus obras un hábito bíblico que, en ésta, en particular, se transforma en parte de la trama. El pueblo en éxodo puede ser también el judío. Y, como él, tendrá un David y un Moisés para guiarlo. Ese sentido religioso fue profundamente captado por Irarrázaval, quien se empapó en el contenido espiritual de la obra antes de comenzar los diseños.

"La piedra me atrajo de inmediato. Y pese a no ser muy clara sobre los antecedentes de la situación, la veo como la historia de un pueblo en busca de su tierra prometida, con las mismas dificultades que sufrieron los hebreos."

M.E.M. ■



Mario Irarrázaval y el muro de Peñalolén: un encuentro fortuito, que se transformó en obra de arte.

EROLLA, 14 mayo 1996

10 2630

AUTORÍA

M. E. M

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un viejo muro sube a escena [artículo] M. E. M.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile